

BIBLIOTECA HOSPITAL
GRANADA

Salar: C
Estante: 001
Número: 051

2 400 40

Safra

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20

R-25.531

DISCURSO

SOBRE

LA POESÍA POPULAR

*apuntando brevemente
la manera como se ha ido desarrollando,
los géneos que la cultivaron, vida que la dió al
Teatro español,
y como la poesia popular se halla encarnada
en los romances españoles, etc., etc.*

DICHO EN EL ATENEO DEL SACRO-MONTE

POR

D. FERNANDO PEREZ FLORES,
LEGISTA,

EL 19 DE FEBRERO DEL AÑO 1888,
ANTE LOS TEÓLOGOS Y LEGISTAS DE DICHO SEMINARIO,
PERSONAS PARTICULARES,
Y EL SEÑOR RECTOR DE DICHA CASA.



GRANADA

IMPRENTA DE F. DE LOS REYES

1888



Senau - 1 SETI. 92

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

001

Número:

051 (8)

R-25.531

DISCURSO

SOBRE

LA POESÍA POPULAR

*apuntando brevemente
la manera como se ha ido desarrollando,
los génios que la cultivaron, vida que la dió al
Teatro español,
y como la poesia popular se halla encarnada
en los romances españoles, etc., etc.*

DICHO EN EL ATENEO DEL SACRO-MONTE

POR

D. FERNANDO PEREZ FLORES,
LEGISTA,

EL 19 DE FEBRERO DEL AÑO 1888,
ANTE LOS TEÓLOGOS Y LEGISTAS DE DICHO SEMINARIO,
PERSONAS PARTICULARES,
Y EL SEÑOR RECTOR DE DICHA CASA.



GRANADA

IMPRENTA DE F. DE LOS REYES

1888



Serau - 1 SETI. 92

i 11892/22

SEÑORES:

CADA pueblo de aquellos que se han distinguido por su genio poético, por sus producciones en el campo de la poesía; cada pueblo de aquellos, á quienes las musas levantaron sobre sus sublimes alas á las divinas esferas de lo bello; cada pueblo de los que han erigido un templo, donde los laureles de sus vates no se marchiten, ni su memoria perezca con el perenne rodar y continuas vicisitudes de los tiempos: cada pueblo de estos, ufano y orgulloso, posee alguna superior epopeya, á que le rinde los honores, que reclama una epopeya de primera clase, y á cuyo autor lo ciñe con la inmarcesible corona de príncipe entre los épicos. Grecia tiene á Homero con su Iliada; Roma á Virgilio con su Eneida; Italia al Dante con su Jerusalem; Inglaterra á Milton con su Paraiso.

Y España, pueblo tan acariciado por las musas, cuyo azulado cielo y riente naturaleza, fuentes son de exuberante poesia; en cuyo parnaso difícil tarea sería reducir á cuento los estros que brillan, las coronas que con eterno verdor ornan las sienes de legiones de vates que supieron hacer gemir á sus li-

ras con todo género de melodiosos acentos. ¿España, carecerá por suerte aciaga de una epopeya, que merezca compararse con las Iliadas y los Paraisos? ¿Entre sus poetas no descuella algun cantor, á quien se le deba en justicia el título de principe en lo épico?

General ha sido en algunos tiempos señalar con esta falta á nuestro parnaso. En el siglo XIV el literato D. Íñigo López de Mendoza notaba con el epíteto de bárbaros á los poetas populares; daba el nombre de mediocres á los imitadores de las musas clásicas; y solo encontraba poesía en Atenas y en Roma, reinas á su opinión del arte de deleitar por la palabra.

Dos bandos de poetas, uno popular y el otro erudito se han continuado hasta nuestros días; el segundo con algunas ó ningunas enmiendas ha repetido las palabras de Mendoza, no reconociendo nada bello, que no se encontrase en los bellos ciertamente, pero estrechos parnasos de Grecia y Roma, y que no sintiera bajo su doblada cerviz el pesado yugo de los preceptos de Aristóteles y de Horacio.

En la segunda mitad del siglo pasado fué general enfermedad de los españoles despreciar lo propio y correr tras lo extranjero. La vecina Francia preguntaba en tono desdeñoso; ¿qué deben las musas, qué debe la epopeya á España? y estos ecos pasando los Pirineos eran repetidos por los hijos de la Iberia.

Pero contra Mendoza y el partido erudito y contra los materialistas y pseudo-filósofos de la pasa-

da centuria, algunos españoles, beneméritos de las musas, y en cuyo pecho ardía el amor á la patria, coleccionaron en numerosos volúmenes, con el título de romanceros y cancioneros, las innumerables rapsodias, que desparramadas vivían por el pueblo, y que eran como piedras de un grandioso edificio.

Después de estos trabajos eruditos, podrá acusársele á España de que su parnaso carece de una epopeya? No, Señores, nosotros poseemos una epopeya de singular grandeza; cual? nuestros romances, nuestros cancioneros, y más en general nuestra poesía popular. Epopeya grande por el cantor: el pueblo; grande por el asunto: la vida íntima y exterior, la vida de paz y de guerra de la nación española; grande por el héroe; los heroicos hijos de la Iberia.

En Covadonga alentó por primera vez los espíritus de vida el pueblo español; pues antes de ese venturoso día la España por antonomasia no existiera. España nació de una desnuda roca, pero pasadas ocho centurias creció tanto, se hizo tan gigantesca que sus posesiones llegaban hasta los confines de la tierra y en expresión vulgar: en ellas el sol nunca ocultaba su clara lumbre; dictaba leyes á los pueblos y á los soberanos, de su civilización tomaba tanto el embrutecido salvaje como las naciones más cultas. También nació en Covadonga la poesía castellana, que creció con España y que fué como un espejo de ella, en su vida interior y exterior, en su grandeza y civilización; por esto si grande ha sido algun día España, no ménos grande ha sido también la poesía ibera; si sorprendente la majes-

tad del templo consagrado al león español, no menor se muestra en la del parnaso donde moran con vida imperecedera sus inspirados vates.

Mas la poesía popular es la que reclama con justicia casi toda esa gloria, pues de derecho le pertenece: como procuraré brevemente demostraros.

No dudo que me honrareis con vuestra más benévola atención y que con vuestro ingenio y caudal de conocimientos completareis lo imperfecto y pobre de mi trabajo

Dignamente están representadas en nuestro parnaso, Señores, las musas de todos los pueblos á quienes se les concediera el arte de crear y bajo cuyo cielo nacieran genios inspirados; desde la musa simbólica indo-oriental, hasta la toscana del renacimiento. El infante D. Juan Manuel, en su Conde Lucanor y demás obras suyas, los trovadores de las Cortes de Enrique II, Juan I, Enrique III y Juan II de Castilla; los cultivadores del Gay saber en Aragón, por los reinados de Juan I, D. Martín, don Fernando y Alfonso V; Micer Francisco Imperial en su Desir de las virtudes y en su Visión de los siete planetas; Garcilaso de la Vega en su Salicio y Nemoroso; en una palabra las escuelas Salmantina, Sevillana, Aragonesa y Valenciana, en su multitud de producciones de todo género, ¿de dónde trajeron sus liras, que algunos tan diestramente tañeron, sino de las fantásticas playas de Ofir, de la artística Grecia, de la pulcra Roma, de la alegórica cuna de los Patrarcas y Dantes, de la galana Provenza, de

la melodiosa Toscana, de la risueña y graciosa Italia? Todo el coro de las musas, en verdad, corrieron á porfía, desde que lucieran los primeros albores de la ciencia y de las artes en la edad media, á ofrecer sus divinos dones á la Península Ibérica, á pagar su tributo á los vates españoles. Pero esa poesía española, tan merecidamente admirada de propios y extraños, ¿no será más que un conjunto de piedras, preciosas sí, pero traídas de extraño suelo? un tesoro, pero juntado con graciosos dones?

No, damas son de la musa patria el cortejo de las musas extranjeras; piedras preciosas que adornan la hermosura natural de la poesía ibera; graciosos dones que no desprecia el opulento vate español. Al par que en los demás pueblos, naciera también en Covadonga en España la poesía nacional; como en los otros la propia de cada uno, aquí del mismo modo la española, de niña se hiciera grande y robusta, ascendiera hasta las cumbres del parnaso. La poesía popular es por confesión de todos hoy la poesía espontánea, la poesía característica del pueblo español. Las demás escuelas, que han penetrado en nuestro parnaso, ó han sido sometidas por nuestra poesía nacional ataviándose esta con sus despojos transformados convenientemente, ó han sido plantas exóticas cultivadas por algunos apasionados ó poco originales ingenios.

La poesía popular, nació como hemos dicho, con el sagrado alzamiento de aquel puñado de valientes, que uno contra ciento y mil derrotaron á las huestes de Alcamach en el venturoso valle de Auseba,

que en tiempo de los Alfonsos y Fernandos recobraron palmo á palmo la tumba de sus mayores, los hogares de sus familias, la hermosura de sus mayorazgos, y que, hecha pedazos ya la cadena de la servidumbre antelas torres de Granada, realizándose en ellos en premio de tanto valor, de tanto sacrificio, de cruzada tan larga y venturosa, la promesa: *possessiones tue terminos terræ*: por el mundo antiguo, descubriendo otros nuevos que llenar con su grandeza y poderío. El rey D. Alfonso decía en su inmortal obra de las partidas: despues de recomendar á los hijos-dalgo la lectura de los libros de historias: «Et allí do no avien tales scripturas, fáciendo retraer á los caballeros buenos é ancianos que se en ello acertaron; et sin todo esto aun facien más: que los juglares non dixiesen antellos cantares sinon de gesta ó que fablesen de fecho darmas.—Et esto era porque ayéndolos, les crescian los corazones et esforzábanse, feciendo bien, queriendo legar á lo que los otros facieran ó pasára por ellos.» El mismo genio que colgó el escudo del brazo, y puso la espada en la mano de Pelayo templó ahora el estro de los Prudencios, y lo prodigó sin medida á aquel pueblo para que, como él cantára las hazañas y á los héroes de la religión, este las proezas y á los héroes de la patria. Del dominio del pueblo exclusivamente fué en un principio la poesía nacional. En los campos al labrar los trigos, según bella expresión de Lope de Vega, en la paz del hogar, al narrar los milagros y apariciones de los santos, en las almenas de los adarves fronterizos y en los campos de la victoria

al cantar las hazañas de los héroes, resonaban y crecían los acentos de la musa castellana; los juglares seguían las huestes y acrecían con sus cantares, como dice el rey Sabio, los corazones del capitán y del soldado. El campeón castellano soltaba su teñida espada para pulsar la lira, ora con guerreros sonidos y patrióticos himnos, ora con dulces acentos que en alas de los céfiros llevasen á sus objetos más queridos un recuerdo de su mente, un afecto de su corazón, un ósculo de sus labios. Nació la poesía popular desde que alentara el primer momento separada de la erudita, y desdeñada de los que se tenían por literatos. Fué conocida en un principio con el nombre de cantares de gesta; en los primeros años del siglo XIII se le dá ya el nombre de romances y hasta Alfonso X no se oyen en nuestra poesía los extranjeros nombres de cántica, desires, resguestas y otros. Pero como joven robusta, que guardaba bajo sus pocos años una vida exuberante y fecunda, muy pronto comenzó á alcanzar sus primeros triunfos sobre el ya decrepito arte clásico, en cuyas venas se extinguía la vida, como había muerto ya aquella civilización griega y romana que lo animaran y prolongaran su existencia. Muy pronto dejó como aislada á la pequeña familia que aún daba culto á la musa clásica y difundiéndose por todas las clases de la sociedad, recreó con sus acentos desde el humilde labriego y empolvado soldado, hasta el fijo-dalgo y el magnate, el capitán y el coronado monarca. El juglar modulaba cantares religiosos en los pórticos de las Iglesias; celebraba las

venturas de la familia en el hogar doméstico, cubría de encendidas rosas los tálamos nupciales, lloraba al ciudadano á quien la muerte arrebatara, en las fiestas públicas, interpretaba artísticamente los pensamientos y los afectos de la muchedumbre, en los campos de la guerra cantaba las hazañas, celebraba á los héroes, entonaba los himnos de victoria. Los primeros eruditos, sojuzgados por tan justo dominio, tuvieron que bajar la cabeza y prestar sus servicios á la musa del pueblo. Gratitud les debemos por haber coleccionado aquellas obras populares, que divididas vivían en multitud de rapsodias, como el poema del Cid, el de Sta. María Egipciaca y otros que han perecido. Monumentos son estos de inapreciable valor. Toscas son ciertamente sus más exteriores formas, como así lo reclamaban la no formación de la lengua y la rudeza de las formas exteriores de aquel nuevo y guerrero pueblo. Pero bellezas sin cuento encierran en su belleza ideal y en sus más intrínsecas formas. La musa española debió aparecer tal en sus primeras manifestaciones, porque así lo reclamaban los genios que la producían; de exuberante vida, de universal mirada, ardiente y vigorosa unas veces, candorosa y tierna otras, como los sentimientos que la animan; no ostentando más galas que la verdad del sentimiento, ni más encantos que la fuerza de la pasión, y no encontrando la forma más bella, poseía quizá la más conveniente y adecuada á la idea que lo había engendrado. Roto había pues con todas las tradiciones esenciales del arte clásico, la lengua en em-

brión no se prestaba dócil á todas las modulaciones. Sin embargo, reflejó en sus creaciones á la gran sociedad en donde se albergaba, reprodujo sus costumbres con fuerza y con verdad. También ningún arte se ha desarrollado con más varios elementos, ni ha ostentado más unidad en su espíritu y en sus manifestaciones; ni aún en los momentos en que andando los tiempos y modificándose las circunstancias se transforma, pierde tan relevantes dotes, porque ni aún entonces quebranta sus condiciones de vida, si bién aspira á ostentar generosa el fruto de sus nuevos progresos y conquistas. Por eso á la poesía nacional española no debe sometérsela á leyes comunes, ni comparar por tanto sus producciones con las de ningún otro arte desarrollado bajo distintas condiciones de vida. Grecia y Roma y otros muchos pueblos realizaron la belleza, pero cada uno obedeciendo á su cultura, España realizó la misma y obediente á la misma ley, por lo tanto tiranía artística sería imponer á todos las mismas leyes secundarias de sensibilizar á lo bello.

Este, Señores, fué el nacimiento, esta la infancia de la musa pátria; con gusto ahora recorreríamos detenidamente todos los años de su vida; sin duda nos deleitaríamos al ver manifestarse progresivamente aquellos principios de vida con que naciera la religión, la patria, la heroicidad, el honor, la caballerosidad, la galantería, la ternura y toda clase de sentimientos los más nobles y delicados; al ver que al par que se perfeccionaba el habla castellana ella perdía su primera rudeza exterior y añadía á

la beldad del pensamiento la galanura de las formas exteriores, y del número, y de la rima; veríamos el tributo que le pagan las extranjeras musas y por último, la veríamos en su edad de oro cautivar con su hermosura á los dos mundos conocidos, precisamente cuando la patria había llegado á la cumbre de la gloria y de la grandeza. Pero el tiempo ni los estrechos límites de un discurso, permiten explanar tan vasta materia, solo me contentaré con hacer algunas ligeras indicaciones.

Ante todo deseo anotar que, pasada la edad de la infancia, deben contarse como poetas populares á los eruditos que inspirados en las fuentes nacionales asimilaban á nuestra poesía extranjeras formas, como Alfonso el Sabio y otros ciento. En cinco periodos puede dividirse la gloriosa vida de nuestra poesía vulgar, cuyos puntos divisorios son Berceo, el rey Sabio, el desastre de Montiel, los reyes Católicos, la casa de Borbon hasta nuestros días; cada uno de estos periodos se ha señalado por un nuevo comercio con extrañas musas y por un nuevo progreso. Berceo recogió todos los frutos de los primeros años de la musa castellana; Alfonso el Sabio, dolorido su tierno corazón de padre, hiciera lamentar á su lira las tan pesarasas como inmortales querellas: Como jar solo el rey de Castilla.—Emperador de Alemaña que foe.—Las coplas de Jorge Manrique: Recuerde el alma dormida,—Avive el seso despierte —Contemplando..... etc., etc., son la más bella expresión de nuestra poesía popular y la prueba más clara de que ya sus for-

mas exteriores son del más delicado gusto y de la más brillante galanura. Pero á los Calderones y Lope de Vega, á los Luises y Zherreras con otros muchos, reservó la musa nacional la sobre-humana empresa de que desarrollaran toda la vida poética que la animara, haciéndoles cantar con todo género de melodiosos acentos, estos tambien despojaron á todas las musas de paises extranjeros de todas aquellas bellezas que no contradecían á la naturaleza y leyes de desarrollo de nuestra poesía, para enriquecerla y engalanarla más y más. Pero la gloria mayor de este periodo fué la del teatro español, propiedad completa sin disputa de nadie, de la poesía popular; ella le dió los primeros alientos de vida en el antiquísimo monumento de los reyes de Oriant, inspiró á Juan de la Encina, á Torres Nabarro, á Juan de la Cueva y á mil otros; ella para sintetizar todas las glorias de la escena, hizo "*Fénix de los Ingenios*," á Lope de Vega, y príncipe de los poetas á Calderón de la Barca. Otra gloria de este periodo fué también, que no queremos dejar de insinuar, la afición á las composiciones antiguas que llevaban el nombre de romances; y el gusto de componer otros nuevos; bellissimo es el de Góngora á un cautivo: «Amarrado al duro banco—De una galera turquesa,—Ambas manos en el remo—Y ambos ojos en la tierra... etc.. .» Numerosas colecciones se hicieron también de los antiguos romances, mereciendo citarse los romances de Martín Nucio, de Esteban de Nágera y el que lleva el nombre de Romancero general. Subidos al trono los Bor-

bones, la influencia extranjera empezó á dominar en nuestra pátria y á corromper nuestro caracter, nuestra cultura y nuestra civilización. Como consecuencia natural empezó á decaer nuestra poesía, de tal manera, que á mediados de la centuria pasada, era una aberración estética echar una mirada benévola sobre nuestros seculares vates. Pero gracias á la guerra de la independencía y antes á algunos valientes que la precedieron, rompimos esa cojunda en lo literario y haciéndose nuevas colecciones que todos vosotros conoceis y estudiando á nuestro parnaso popular, de boca de propios y de extraños, resonaron otra vez justas alabanzas á la poesía española.

Terminaré este punto haciendo algunas observaciones acerca de algunas reglas de estética que deben aplicarse cuando se haya de juzgar de nuestra poesía popular en comparación con la clásica. En toda obra de arte debe distinguirse la beldad primera realizada en ella, que debe ser como el centro á donde converja todo lo demás; y el conjunto de formas sensibles, ó sea la concepción caleotécnica, que combinadas debidamente, destaquen aquella acción ó hermosura, que intenta representar el artista. De estas formas unas son más intrínsecas, otras más exteriores; y al hablar de la poesía, el lenguaje, el número, y la rima pertenecen á este último órden. Por otra parte aquellas formas más interiores deben sujetarse en primer término á la primera belleza, y de ellas dependerá en la mayor parte el que la belleza última aparezca como conviene, ó el que quede oculta á los ojos del

espectador. Ahora bién, la poesía popular española debe ser muy diversa de la clásica, porque así lo exigían las generales leyes de la estética, en su beldad primera, en sus formas caleotécnicas más interiores y exteriores, en estas sobre todo cuando nacía y se formaba la lengua castellana, y cuando tomábamos nuestros rudimentarios metros y rimas de la poesía latino-elesiástica. Y no podía ser de otro modo, porque diversísima era la vida que á ambas artes animaba. La religión, la patria y las costumbres y demás caractéres que de ellos dimanaban. El arte clásico creó á sus dioses; los dioses de Thesiodo y Homero no son de superior condición á la naturaleza. El fatalismo gravita al par sobre los hombres que sobre los dioses. El Dios de los cristianos vive en lo increado, en lo infinito, en lo independiente; á su voz desaparece el caos, brota la luz, brillan los astros en el espacio, y la tierra gira en perpétuo movimiento. Júpiter se transforma en tero para robar á Europa, mas el Dios absoluto baja á la tierra, toma nuestra carne para dar á los hombres el más grande testimonio de su amor. Los héroes de Grecia y Roma necesitan para sobreponerse sobre los demás hombres trocar su naturaleza, convirtiéndose en semi-dioses; los héroes castellanos no trocan las condiciones de la naturaleza, frágiles como el barro que los viste, se alzan por su propio brazo y virtud al heroísmo. Grecia y Roma luchan ya por una venganza ó un sentimiento de orgullo, ya para imponer la coyunda de la servidumbre á naciones libres

España emprende una cruzada de ocho siglos para rescatar la libertad perdida, para derrocar al opresor extranjero, que sujeta con vergonzoso yugo el cuello de la patria y que profana sus altares, sus sacerdotes y sus vírgenes. La vida de Grecia y Roma es exterior, material, en ella la familia no existe. La vida de la España cristiana es espiritual, interior y en los pechos de aquellos fieros soldados al volver de las batallas al hogar doméstico brotan los más dulces afectos. La familia española se muestra con todo el amor, la lealtad, la fé, las ternuras y caricias, y las costumbres nacidas de aquellos principios debian de ser también muy diferentes. Si pues los principios que animan á uno y otro arte son tan distintos, cómo querer que uno sea molde del otro? El arte clásico era exterior y material y como desconociera las inagotables fuentes de belleza de lo espiritual, tuvo que cifrar su perfección en las formas. El arte popular español nació de aquellas mismas fuentes espirituales, de modo que sobre todo en un principio debió apartarse grandemente del formalismo y preceptismo clásico.

Dije en la proposición que la poesía vulgar española se encontraba como encarnada en los romances, lo cual no me detendré en probar, ora porque es cosa evidente entre todos, ora porque los romances son las mismas composiciones poéticas salidas del pueblo, conservadas tradicionalmente en él, y coleccionadas por laboriosos eruditos á partir del siglo XV. Solo haré decir dos palabras sobre cada especie de ellos. Comunmente se dividen en ro-

mances históricos, caballerescos, moriscos, pastoriles y vulgares.

De los romances históricos, unos se llaman viejos, porque fueron las primeras creaciones del pueblo y sirvieron de comprobante á las crónicas; otros nuevos, porque reconocían existencia más corta, porque fueron compuestos por más pulidos poetas y porque su asunto fuera tomado de las crónicas.

Los primeros más toscos, de rudo lenguaje, pobres de formas; los segundos ya vistosos y galanos en el exterior, perfeccionada la lengua, el metro y la rima. Pero ambos venerando monumento, legado imperecedero de la religiosidad, del patriotismo, de la heroicidad, de la grandeza, de la sencillez, de las costumbres de nuestros mayores. En una palabra, ellos constituyen máximamente la epopeya de nuestra Patria.

El hijo de Arias Gonzalo,
El mancebito Pedro Arias
Para responder á un reto
Velando estaba unas armas;
Era su padre el padrino,
La madrina Doña Urraca
Y el Obispo de Zamora
Es el que la misa canta,
Estaban sobre la mesa
Las frescas y duras armas,
Dando espejos á los ojos
Y fuerza á quien las miraba.

Esta es una pequeña piedra de ese monumento de inestimables perlas brillantes.

Llegado á su mayor apogeo el feudalismo, por los fines del siglo XIII, propagada ya por toda Europa la literatura simbólica indo-oriental, realiza-

das ocho cruzadas para rescatar el Santo Sepulcro, sentidos los influjos por todas partes de la musa arábigo-hispana; se vió renacer en todas las naciones un espíritu aventurero exagerado, extravagante; la imaginación, dejando los hechos y héroes reales, fingía otros, á quienes colgaba todos los extravíos de su mente. ¿A España, qué parte le cupo en ese género de literatura? Muy cultivado fué ciertamente por nuestros poetas; pero aquí no se desbarró tan generalmente como en otras partes. Nuestros héroes caballerescos fueron los de los históricos, su caballeridad era más real, ni teníamos que pedir á la imaginación portentosas hazañas, ni distinguidos héroes, cuando este género de cosas era fruto común de nuestra tierra; por otra parte, en lo que participaban del gusto extranjero, no arraigaron y fueron plantas exóticas entre nosotros.

Por esto, á nuestra colección de romances caballerescos debe tenérsela por un conjunto de riquezas poéticas.

Luego que el sarraceno devolvió hasta el último rincón de tierra de que se apoderara, los españoles dejaron de mirarlos bajo aquel prisma negro por todos lados, y los poetas consagraron su musa á cantar toda la poesía en que la naturaleza por cierto no fué avara en ellos. Nuestros bellos romances moriscos producen las guerras, combates, fiestas, fuegos, amores y pasiones de los españoles hijos de Arabia; expresan sus sentimientos, ideas, trajes y hasta los nombres. En ellos todo es una escena completa, y un retrato vivo que nos dejaron al retirar-

se á los desiertos de Berbería y refundido todo con nuestra civilización de los siglos XVI y XVII.

Como agotada ya la materia en las fuentes históricas, nuestros poetas se inspiran en la bella naturaleza y forman una preciosa colección de romances con el nombre de bucólicos ó pastoriles.

Por último, los romances llamados vulgares que son fruto de un periodo de decadencia; y aunque tiene bellas formas, sin embargo anda escasa la belleza intrínseca.

Largo y pesado os habré sido, pero no dudo que me perdonais, porque encendido nuestro pecho en ese santo amor de lo propio y más de la Patria, habreis aprobado en mí los deseos de revindicar para nuestra poesía popular y por lo tanto para nuestra poesía en general, la gloria que con justicia le pertenece.

Si grande es nuestro parnaso, pero sus cimientos, sus más altivos torreones, sus soberbios arcos y sus sabrados altares obra son de los pueblos populares. Las musas de todos géneros habitan en esa sagrada morada, mas nuestros romances son tenidos y venerados por todos como cosa sagrada, la joya más apreciable, la gran epopeya de la nación.

Por último, repetiré lo que todos vosotros sabeis; quereis fuentes de poesía, quereis una belleza cristiana, id á nuestra poesía popular; á nuestros romances, á nuestros demás cantores populares y á los principes de ellos los Lope de Vega y los Calderones.—HE DICHO.

Fernando Pérez Flores.





